



María Martínez

La
magia
de las
casualidades
imposibles

CROSS
BOOKS

María Martínez

La
magia
de las
casualidades
imposibles



CROSS
BOOKS

1

Un año más tarde

De repente, un día todo cambia.

Y esos días comienzan como otro cualquiera.

El amanecer despunta envuelto en la misma rutina de siempre. La misma cotidianidad, sin nada especial que presagie que algo importante está a punto de suceder. Sin un solo indicio que te haga sospechar que el mundo que conoces está a punto de alterar su órbita.

Tomará otra dirección.

Otra velocidad.

Nada volverá a ser como antes.

Tú tampoco lo serás.

Así comenzó el día que descubrí que estaba enferma. Y el que recibí un nuevo corazón.

Tampoco hubo ningún augurio ni tuve un presentimiento ese día.

Abrí los ojos y me estiré bajo las sábanas con un gruñido sutil. A mi lado, Mathis se desperezó antes de musitar un «buenos días» y darme un beso en la frente.

Saltó de la cama y fue directo a la cocina. Lo escuché tras-

tear en los armarios mientras yo me metía en la ducha y, poco después, un intenso aroma a café se extendió por la casa. Aún con el pelo húmedo, regresé al dormitorio y abrí el cajón donde guardaba un poco de ropa y algunos artículos de higiene personal. Me vestí con un pantalón corto de lino y una camiseta sin mangas y cuello redondo. El verano ya había llegado oficialmente y las altas temperaturas lo constataban desde primera hora de la mañana.

Entré en la cocina y encontré a Mathis cortando unas rebanadas de pan y colocándolas en la tostadora.

—¿Y la mermelada? —le pregunté.

—En el armario junto a la nevera, donde siempre —me contestó.

Descubrí un tarro tras un paquete de azúcar y lo llevé a la mesa. Después serví café en nuestras tazas a juego y me senté sin dejar de sonreír. A través de la ventana abierta entraba una suave brisa, que agitaba las cortinas y traía consigo un ligero olor a humedad por la lluvia que había caído durante la noche.

Mathis vivía en un antiguo edificio en la plaza Saint-Honoré, en un piso reformado que ocupaba la tercera planta. Lo había heredado de sus abuelos, tras graduarse en la universidad y comenzar a trabajar en el negocio hotelero de su familia, que ya contaba con dos hoteles de cuatro estrellas y uno de tres solo en la ciudad de Aix. En este último, era donde yo trabajaba como recepcionista, desde hacía unos pocos meses.

Después de terminar el desayuno, me puse en pie y comencé a recoger la mesa. Me agaché para colocar los platos, los cubiertos y las tazas en el lavavajillas y al levantarme Mathis me abrazó por la espalda. Apoyó su barbilla en mi hombro y sus labios acariciaron el borde de mi oreja al murmurar:

—Si vivieras aquí, podríamos desayunar juntos todas las mañanas.

—Desayunamos juntos muchas mañanas.

—No es lo mismo —dijo contra mi piel antes de intentar sorberla. Incliné el cuello para evitarlo, no me gustaba que hiciera eso—. Ven a vivir conmigo.

—Ahora mismo estamos bien así.

—Viviendo juntos estaríamos mucho mejor —insistió.

Contuve un suspiro. Me di la vuelta entre sus brazos y recorrí su rostro. El pelo le había crecido mucho en los últimos meses y unos mechones negros le caían sobre la frente. Se los aparté con los dedos.

—Vamos a casarnos, ¿no puedes esperar un poco más?

—¿Cuánto tiempo? Ni siquiera has mencionado una fecha.

—Apenas han pasado dos meses desde que nos comprometimos —le recordé.

Me estrechó contra él. Apoyó su frente en la mía y cerró los ojos.

—Para mí es más que suficiente.

—Mathis, no se trata solo de fijar una fecha —repliqué mientras le acariciaba los brazos con un gesto tranquilizador—. También hay que planificar muchas cosas y hacer que cuadren otras tantas, eso lleva tiempo. Sobre todo, para hacer posible la boda que tu madre quiere.

—Es nuestra boda, no la suya.

—Pues deberías aclarárselo.

Me deshice de su abrazo y me acerqué a la nevera, saqué una botella de agua fría y me serví un vaso. Bebí un sorbo mientras sentía la mirada de Mathis sobre mí. Desde hacía unas semanas, su actitud conmigo era un poco asfixiante. Estaba pendiente de todo lo que hacía, de cómo me sentía, y su impaciencia para consolidar nuestra relación de forma legal

empezaba a agobiarme. Además, éramos pareja desde hacía ocho años, y habíamos pasado juntos por tantas cosas difíciles y complicadas que no había ningún papel ni convivencia que pudiera afianzar aún más nuestra relación que ese tiempo.

—Céline, ¿te estás arrepintiendo? —me preguntó de repente.

—¡No! —exclamé—. ¿Por qué piensas eso?

Sus ojos azules se oscurecieron.

—No quieres vivir conmigo antes de casarnos, pero tampoco quieres fijar una fecha ni empezar con los preparativos.

Dejé escapar un suspiro ansioso y sacudí la cabeza.

—¿Quién ha dicho que no quiera? Solo te estoy pidiendo un poco más de tiempo —respondí en tono suplicante.

—¿Cuánto?

Tragué saliva. El corazón me latía rápido dentro del pecho y me puse aún más nerviosa. Ese aleteo me hacía pensar en las arritmias que había sufrido durante tantos años y el miedo me estrujaba por dentro, hasta que la parte racional de mi cerebro me obligaba a centrarme en su ritmo preciso. Era normal.

Miré a Mathis a los ojos.

—Hasta mi próxima revisión, a principios de septiembre. ¿Puedes aguantar hasta entonces? Solo hasta entonces —le pedí. Me pasé la mano por el cuello en un intento de aliviar la rigidez que sentía—. Puede... puede que a ti te parezca irracional, pero yo necesito confirmar que todo sigue bien antes de pensar en ceremonias, vestidos, banquetes y viajes de luna de miel —le confesé.

Mathis me sonrió, pero solo fue un gesto tras el que la frustración que sentía a veces conmigo luchaba con sus esfuerzos por ser paciente y comprenderme.

—Está bien, lo entiendo.

—No lo entiendes, porque no sabes lo que es estar en mi

lugar. El miedo a que los inmunosupresores dejen de funcionar y mi cuerpo rechace este corazón. He pasado tantos años enferma que aún me cuesta creer que ahora estoy bien, y a veces necesito convencerme de eso —salté.

Él se acercó y me rodeó con sus brazos. Sentí sus labios en mi sien.

—Lo siento, tienes razón. Haremos las cosas a tu ritmo, ¿de acuerdo?

—Sí —convine con voz queda.

—Te quiero mucho, Céline.

—Y yo a ti.

Me frotó la espalda. A través de mi camiseta pude notar la aspereza de los callos que tenía en las manos, después de tantos años jugando al tenis.

—Hoy tienes turno de tarde en el hotel, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer durante la mañana?

—He quedado con Inès, necesita que la ayude con algo y ya llego tarde.

Mathis me soltó con un profundo suspiro y se inclinó sobre la mesa para alcanzar su teléfono. Se lo guardó en el bolsillo, luego sus ojos regresaron a mí.

—¿Comemos juntos? —propuso.

—Me parece bien, pasaré a buscarte sobre la una.

—Lo estoy deseando.

Se despidió de mí con un beso y salió de la cocina tarareando algo por lo bajo.

Oí cómo se cerraba la puerta principal.

Minutos después yo también me marchaba.

Inès vivía en la avenida des Belges, a solo diez minutos caminando desde el piso de Mathis. Aunque a esas horas de la mañana el centro ya estaba abarrotado de residentes, via-

jeros y repartidores yendo de un comercio a otro, por lo que hacer ese trayecto me llevó el doble de tiempo y tuve que dar algún que otro rodeo.

Inconvenientes de vivir en una ciudad grande y turística como Aix-en-Provence.

Todo el mundo la conoce como la ciudad de las mil fuentes, aunque ya os digo que no hay tantas. Sin embargo, es divertido ver a los visitantes contándolas, mientras recorren las callejuelas del casco antiguo. Un laberinto repleto de plazas escondidas, que huyen del sol bajo los árboles y los toldos de las terrazas.

Cuando salí del ascensor, Inès me esperaba en la puerta.

—¡Ya estás aquí! —exclamó mientras me abrazaba—. De verdad, gracias por venir tan temprano.

—Tu mensaje decía que era cuestión de vida o muerte.

Cerré la puerta al entrar y la seguí hasta la cocina.

—¿Quieres un café o alguna otra cosa? —me preguntó.

—¿Tienes café descafeinado?

—Soluble. ¿Te parece bien?

—Sí, con leche, por favor —convine. Me senté a la mesa—.

Bueno, ¿vas a decirme qué pasa?

—Me han invitado a la presentación de una nueva línea de cosméticos. Es una gran oportunidad y pagan muy bien —empezó a contarme mientras calentaba un poco de leche y le añadía una cucharadita de café—. Tenía cita a primera hora en la peluquería, también manicura, y anoche la cancelaron en el último momento. No tengo tiempo de conseguir otra. ¡Es un desastre!

Inès había estudiado Marketing y Publicidad. Tras graduarse, la contrataron en una agencia emergente de marketing digital, especializada en conectar a las marcas con *influencers* para que estos promocionaran sus productos y servicios. Además de buscar creadores de contenido, tam-

bién planificaba las campañas y negociaba acuerdos y tarifas. Sin embargo, por un giro del destino, acabó convirtiéndose en una de esas personas que anunciaban productos a través de vídeos, fotos y *stories* en sus redes sociales. Y le iba bastante bien. Aunque no es de extrañar. Inès era muy guapa y simpática, extrovertida, y poseía un físico increíble. Tenía miles de seguidores y todo lo que mostraba, ya fuese ropa, accesorios o un perfume, se convertía en tendencia.

—Y en esta tragedia, ¿dónde encajo yo? —pregunté.

—Tú vas a peinarme y me harás las uñas.

—¡Yo?! —grité pasmada—. Pero si mi pulso es como el de una lavadora centrifugando.

Puso los ojos en blanco y dejó la taza de café en la mesa.

—No seas exagerada.

—No lo soy, mira. —Estiré al frente ambos brazos, con las palmas de las manos hacia abajo. Temblaban como si fuesen de gelatina—. ¿Lo ves?

Inès frunció el ceño y se plantó frente a mí con un mohín en los labios. Me mostró sus uñas descascarilladas.

—Céline, no puedo ir con estas pintas a la presentación. Vamos, sé que lo harás como una profesional.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Por favor, por favor, por favor... —me rogó mientras hacía pucheros.

—De acuerdo, pero lo haré bajo tu responsabilidad. Luego no quiero dramas.

Soltó un gritito.

—¡Gracias, eres la mejor! Ven conmigo, lo tengo todo preparado en el salón.

Me tomó de las manos, luego me arrastró a la sala sin que hubiera podido darle un solo sorbo al café.

Inès se acomodó en una silla y me explicó lo que debía hacer. Empuñé las tenacillas y, con más voluntad que habili-

dad, fui enrollando mechón a mechón su larga melena rubia y lisa hasta lograr una cascada de rizos suaves, que parecían flotar a su espalda. Evalué el resultado con ojo crítico. No estaba mal.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Me encanta, Céline —exclamó mientras se miraba en el espejo desde distintos ángulos—. ¿Crees que debería hacerme algún recogido o llevarlo suelto? No sé qué estilo me favorece más.

Le sonreí a su reflejo.

—Eres guapísima, todo te favorece.

Inès me devolvió la sonrisa y a mí me invadió una sensación de ternura. La quería muchísimo.

Mi mirada tropezó con el reloj que colgaba de la pared y me percaté de que no llegaría a tiempo a esa presentación si no nos dábamos prisa. Observé las manos de Inès y después todos los productos para manicura que había desparramados sobre la mesa. No tenía ni idea de por dónde comenzar. Yo no solía pintarme las uñas, siempre las llevaba muy cortas para evitar mordérmelas cuando me ponía nerviosa.

—Solo necesito que apliques una base, el color y luego otra capa con brillo.

Contuve el aire durante unos segundos. Lo solté todo de golpe y asentí. Abrí el primer botecito. Saqué el pincel y me incliné sobre la mesa. Al principio estaba tensa, pero enseguida me di cuenta de que no era tan difícil, mis manos se relajaron y mi pulso se volvió firme. Mientras tanto, nos pusimos a hablar de cosas sin importancia. En realidad, era Inès la que hablaba y yo solo escuchaba. Siempre había sido así. Su vida era invariablemente mucho más interesante y divertida que la mía.

La invitaban a fiestas, se relacionaba con gente famosa y le pasaban todo tipo de cosas. Algunas, dignas de recopilarlas como material para una novela.

—Ariane se ha empeñado en organizarme una cita a ciegas, ¿te lo puedes creer?

—¿En serio?

—No sé qué problema tiene con la soltería de los demás. Me alegro de que ella se sienta plena y feliz con Lola, pero no todas necesitamos tener pareja para sentirnos realizadas.

—No le hagas caso.

—Lo dices porque no es a ti a la que atormenta. Está obsesionada.

Alcé la barbilla y la miré. Me hizo gracia verla enfurruñada por algo tan insignificante.

—No puede obligarte, dile que no y ya está. O puedes aceptar y, ¿quién sabe?, quizá conozcas al amor de tu vida.

Inès me sostuvo la mirada y sus labios se curvaron en una mueca. Una expresión melancólica cruzó por su rostro.

—No tengo tiempo de conocer a nadie, y tampoco me apetece.

Apartó la vista y comenzó a soplar sus dedos para acelerar el secado del esmalte. Me quedé observándola. Habían pasado años desde la última vez que Inès salió con alguien. Si no recordaba mal, su último novio fue un tal Mario. Un chico español que estudiaba en nuestra universidad. Estuvieron juntos durante todo un curso, pero decidieron romper cuando él hubo de regresar a España al llegar el verano.

Desde entonces, no había visto a Inès interesarse por nadie. Al contrario, huía de los tipos que se le acercaban como si estos tuvieran una enfermedad contagiosa. Las pocas veces que habíamos hablado al respecto, siempre se justificaba con que quería centrarse en sí misma y su trabajo. Le iba bien, pero aspiraba a más. Mucho más de lo que ya había conseguido, y un hombre solo sería un estorbo.

Yo entendía su punto de vista y no le había dado mayor importancia a ese rechazo rotundo a una relación romántica.

Cada uno tiene sus prioridades. No obstante, ahora que pensaba en ello con más detenimiento, Inès llevaba cuatro años en esa situación. Era mucho tiempo.

Pensé en preguntarle si había algún otro motivo que la hubiese condicionado. No sé por qué no lo hice y me quedé callada, dándole más vueltas.

—¿Estás bien? De repente te has puesto rara —dijo Inès. Forcé una sonrisa y negué con la cabeza.

—No estoy rara.

—Te conozco demasiado bien. ¿Qué ocurre?

La miré. Abrí la boca para confesarle mis pensamientos. Sin embargo, algo me retuvo. Imagino que no quería convertirme en otra Ariane subestimando sus decisiones. Así que solté lo primero que se me ocurrió.

—Mathis me ha pedido que vivamos juntos.

Los ojos de Inès se abrieron por un momento.

—¿Y vais a hacerlo?

Negué con un gesto y le conté a grandes rasgos la conversación que habíamos mantenido. Su preocupación. Mis miedos. Sus dudas. Mi incertidumbre.

—Mathis te quiere mucho y esperará todo el tiempo que necesites. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, y por esa misma razón no quiero alargar esta situación, pero no puedo hacer lo que él quiere ahora. Necesito...

—Inspiré hondo. Me costaba ponerles voz a ciertos pensamientos—. Necesito asegurarme de que todo está bien antes de ilusionarme, porque no soportaría volver a perderlo todo.

—Céline, cariño...

Sonreí, no buscaba su compasión.

—No sé, puede que sea una tontería y esté exagerando.

—No estás exagerando, es normal que tengas miedo. Ni siquiera ha pasado un año desde el trasplante y, aunque ahora estás bien, soportaste cosas que aún no has tenido

tiempo de superar. Pero lo harás, Céline, y tu enfermedad, el hospital... Todo eso solo será un mal sueño que olvidarás poco a poco. Te casarás con el chico que amas y serás asquerosamente feliz, porque te lo mereces. Así que deja de preocuparte. Todo va a estar bien, te lo prometo.

Noté que algo se contraía en mi estómago y se me escapó un suspiro entrecortado. Con esas palabras, Inès demostraba que seguía conociéndome mejor que nadie. Siempre sabía qué decir para hacerme sentir mejor.

—Gracias —susurré.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y su rostro resplandeció.

—¿Por qué me estás dando las gracias?

—Por todo, imagino. Porque siempre has estado a mi lado, incluso en los peores momentos. Preocupándote por mí, animándome cuando más lo necesitaba. Cuidándome, brindándome tu apoyo. Nunca me abandonaste ni te rendiste conmigo, ni siquiera cuando te lo pedí. —Noté algo en la mejilla. Sonreía avergonzada al darme cuenta de que era una lágrima—. Creo que nunca te lo había dicho.

Inès alzó la barbilla y parpadeó varias veces. Al mirarme de nuevo, sus ojos brillaban húmedos.

—Si se me hinchan las ojeras para la presentación, te mataré —bromeó entre risas.

Me reí con ella, al tiempo que me enjugaba las lágrimas. Noté el fuerte olor a acetona que impregnaba mis dedos.

—Voy a lavarme las manos —dije.

Me dirigí al baño. De repente, recordé algo y me detuve en medio del pasillo.

—Inès, ¿podrías prestarme tu Polaroid?

—Sí, por supuesto. Está en el baúl grande de mi dormitorio. La verás nada más levantar la tapa.

—Gracias. Estoy preparando un álbum de recuerdos para Mathis, por su cumpleaños. Espero que le guste.

—Adora todo lo que haces —suspiró risueña.

Tras lavarme las manos, fui al dormitorio de Inès. Las puertas del armario estaban abiertas de par en par, la cama deshecha y sobre las sábanas había varios atuendos con accesorios. Debía de llevar horas planificando qué ponerse para el evento. Crucé la habitación y subí la tapa del baúl, que se encontraba bajo la ventana y servía también como descalzador. Vi la cámara en una esquina y me agaché para cogerla. Al levantarme, no sé cómo, la pulsera que llevaba se enganchó en el cierre y se rompió. Cayó y se perdió entre todas las cosas que Inès guardaba en el cofre.

Maldije entre dientes. Mathis me había regalado esa pulsera en nuestro último aniversario. Me arrodillé sobre la alfombra y metí las manos en los huecos. Palpé cada rincón, pero no la encontré y no tuve más remedio que comenzar a sacar cosas. Al apartar una bolsa de tela que contenía un bolso, volqué sin querer una caja. La tapa se abrió y todo lo que guardaba en su interior se desparramó.

Vi un montón de notas escritas a mano y fotografías. Al observarlas con más atención, mi corazón se detuvo un instante y acto seguido se partió en mil pedazos. Las tomé con manos temblorosas y me quedé mirándolas. La tierra se abrió bajo mis pies. En esas instantáneas se veía a Inès y Mathis abrazándose, besándose y en otros momentos tan íntimos que no había modo de justificar para dos simples amigos.

Imágenes que no debería haber encontrado nunca. Que no quería ver, porque no podía ser. Sencillamente, no podía ser. Por favor, nada era real. No podía estar sucediendo de verdad.

La bilis comenzó a subir por mi garganta. Me costaba respirar.

—Céline —la voz de Inès sonó a mi espalda.

Me puse en pie de un bote y todas las fotografías cayeron en una lluvia hasta la alfombra. Sus ojos volaron hasta ese punto y palideció. La vida abandonó su rostro mientras su mirada me buscaba aterrada.

—Céline —pronunció mi nombre con desesperación. Sacudí la cabeza—. Céline, escucha, puedo explicarlo. No es lo que crees.

Di un paso atrás cuando ella hizo el intento de acercarse.

—¿Explicar qué? Vosotros dos... estáis juntos —grazné.

—No es cierto.

—¿Cómo puedes decir que no es cierto? Acabo de veros desnudos en esta misma cama.

—Lo sé, pero fue un error. ¡Un maldito error!

Un dolor inhumano se extendía por mi pecho. Nunca había experimentado un sufrimiento tan profundo.

—¿Un error? —Señalé las fotos en el suelo, que ya no podía ver por culpa de las lágrimas—. En algunas llevas el pelo rosa, hace tres años que no te lo tiñes. Y te... te regalé esas sábanas el año pasado. ¿Qué clase de error dura tanto tiempo?

—Lo siento, lo siento mucho, perdóname, por favor. Nunca debió ocurrir y me arrepiento de todo. No sabes cuánto me arrepiento.

—No puedo creerlo. Vosotros... vosotros dos sois lo más importante que tengo en mi vida. ¿Cómo habéis podido hacerme algo así? —mi voz era un hilo quebradizo.

—No sé cómo pasó, pero se terminó, Céline. Tienes que creerme, se acabó.

—¿Cuándo? —pregunté crispada.

—En octubre.

La opresión que sentía en el pecho era cada vez más grande. Me esforzaba por respirar, pero no podía. Mi cuerpo no me obedecía. Octubre. Tres meses después de mi tras-

plante, justo cuando volví de París tras recibir el alta hospitalaria.

Sacudí la cabeza de forma vehemente. Se habían estado acostando a lo largo de cuatro años y aún tenía el valor de decirme que había sido un error. El pulso me atronaba en los oídos. Era incapaz de pensar con claridad. Era incapaz de hacer nada.

Una profunda desesperación se abrió paso por mi cuerpo, me clavó los dientes y me mordió con tanta fuerza que tuve la sensación de que si miraba hacia abajo vería las heridas.

—Céline, vamos a hablar. Déjame que te lo explique, podemos solucionarlo.

¿Solucionarlo? ¿Cómo podía ser tan hipócrita y descarada? Una traición de esa magnitud no tiene arreglo ni enmienda. Del mismo modo que no puedes coger un puñado de cenizas y convertirlas en el trozo de madera que era antes de arder. Una traición destroza como lo haría un tornado, borrando todo rastro de lo que una vez hubo.

La ira y la humillación se mezclaban en lo más profundo de mi ser. Un sinfín de impulsos que me aplastaban. Apreté los puños y miré a Inès mientras me secaba las lágrimas con movimientos rabiosos.

—No te reconozco, ¿quién eres tú? —mascullé dejando traslucir lo mucho que me asqueaba.

—No digas eso, por favor. Sé que no tengo excusa y no merezco tu perdón, pero tienes que darme la oportunidad de explicarte...

No la dejé terminar. Me dirigí a la puerta a toda velocidad.

«No puedo seguir aquí. Tengo que irme.»

Agarré mi bolso y salí de su piso con la respiración tan acelerada que el eco de mis jadeos rebotaba en las paredes.

Acto seguido me lancé escaleras abajo mientras la voz de Inès resonaba a mi espalda y me suplicaba que me detuviera.

Gritaba con la voz rota.

Ni siquiera miré atrás. No quería volver a verla nunca más. Todo lo que éramos se había roto en mil pedazos. Ella lo había reducido a polvo, partículas dispersas en el aire imposibles de unir.